



EL ÁGUILA **AZTECA**¹

Galo Galarza Dávila

Albert Camus, ese gran escritor y filósofo francés-argelino, Premio Nobel de Literatura, solía decir que los amigos son aquellos que llegan cuando todos los demás se han ido. Y menciono esta cita porque ahora parece que México, ese gran país de nuestra América, necesita más que nunca de sus amigos. No para defender y justificar las acciones feroces y sanguinarias de los criminales y los corruptos que se ensañan con la población más indefensa: llámense migrantes, jóvenes estudiantes, mujeres y niños, a quienes en una danza macabra e infame los torturan, los decapitan, los queman vivos. Los amigos de México no

¹ Discurso para recibir la condecoración de la Orden del Águila Azteca, de manos del Embajador Jaime del Arenal, Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de los Estados Unidos Mexicanos, el 11 de diciembre de 2014.

debemos acudir para defender los abusos de gente inescrupulosa que se esconde detrás de un uniforme o un cargo público para volverse cómplice de los criminales. Los amigos verdaderos de México estamos aquí para pedir que se sancione con la mayor dureza a estos infames que ensucian y denigran la dignidad de una patria heroica que se levantó contra los opresores e invasores de toda laya. La Patria del cura Hidalgo y de Morelos, de Allende y Aldama (que se enfrentaron al poder colonial español y pagaron con sus vidas su amor a la libertad). La Patria del general Ignacio Zaragoza que se enfrentó a los invasores franceses que traían un emperador de juguete bajo sus faldones, enviado por Napoleón el Pequeño y los derrotó en la Batalla de Puebla (contada con tanta maestría por Fernando del Paso en su novela *Noticias del Imperio*). La Patria del Gran Benito Juárez, ese indio zapoteca que nació en una pequeña aldea de Oaxaca y llegó a ser uno de los presidentes más respetados y queridos de nuestro continente. La Patria del general Lázaro Cárdenas que defendió a México de la voracidad de las transnacionales y se ofreció como voluntario para ir a pelear por Cuba cuando la invadían mercenarios en Playa Girón. La Patria de diplomáticos excepcionales como Alfonso García Robles, quien recibió el Premio Nobel de la Paz por haber impulsado la adopción del Tratado de Tlatelolco, gracias al cual se declaró a nuestra región latinoamericana y caribeña libre de armamentos nucleares. La Patria de los grandes escritores y artistas, que desde Sor Juana Inés de la Cruz hasta Octavio Paz; desde Velasco Ibarra (tocayo de nuestro Presidente) hasta Diego Rivera y Frida Kalho nos llenaron de luces y sueños. Nos dieron fe en nuestra condición de latinoamericanos, le pintaron el rostro a nuestra América mestiza. De esa Patria recibo esta condecoración esta noche. De las manos de un embajador historiador y académico que fue maestro de varios presidentes de la República y que fue artífice fundamental para que me la otorguen. Por eso la llevaré con



el mayor orgullo, porque no me la dieron gratuitamente. Representa el fruto del trabajo tesonero por más de un lustro, que realicé para unir a nuestros países. Seguí para ello la ruta que nos trazó Vicente Rocafuerte (en el siglo XIX) y Benjamín Carrión (en el siglo XX). La ruta que nos trazaron, además, decenas de hombres y mujeres que se afanaron ya sea desde su trabajo diplomático (tan incomprendido por los tontos y fatuos), hasta la cátedra o el deporte o por su simple trabajo honrado, abnegado y limpio. A nombre de todos ellos también recibo esta condecoración, a nombre de los compañeros y compañeras de la Embajada del Ecuador en México que trabajaron hombro a hombro conmigo para cumplir esa tarea que nos dio nuestro Gobierno. A nombre de mi esposa que me ayudó más que nadie a cumplir con una misión que puso el nombre del Ecuador en alto.

A lo largo de mi carrera diplomática he trabajado y vivido con mi familia en siete países de diferentes continentes. Ninguno de los gobiernos de esos países me otorgó, hasta ahora, una condecoración (unos porque no lo acostumbraban, otros porque no quisieron). Las únicas condecoraciones que recibí, a lo largo de mi carrera diplomática, nacieron de las manos de mis hermanos migrantes, muchos de los cuales salieron huyendo de un país que les robó sus sueños y con quienes me solidaricé hasta volverme alma de su alma peregrina. Quienes hayan leído mis libros, así lo comprenderán. Y esas preseas, esas medallas, esos diplomas que me daban ellos cuando terminaba mi función consular o diplomática eran mi mayor orgullo. Por ello me mostraba reacio a recibir preseas gubernamentales que se dan muchas veces como un compromiso o como un simple trámite. Sin embargo, tratándose de México las cosas tuvieron otro matiz. La condecoración del Águila Azteca que acaba de imponerme el embajador Jaime del Arenal Fenochio, tiene una enorme significación para mí por todo lo que he dicho. Por todo lo que significa México en la historia de nuestro continente. Expreso, pues, mi profundo agradecimiento al pueblo y al Gobierno de México. Y digo esto porque para que se entregue una presea como esta tiene que ser calificada primero por una comisión de alto nivel y después confirmada con un Decreto Presidencial. Y me consta que no se le da a cualquiera, sino que pasa por un largo proceso de valoración. También agradezco al embajador Leonardo



Arízaga, quien como Canciller subrogante me autorizó a recibirla, como manda la Ley Orgánica del Servicio Exterior ecuatoriano. Los diplomáticos de carrera tenemos por misión principal en nuestras vidas acercar y amistar pueblos. Nuestra recompensa radica en cosechar esas tareas. Nuestras medallas son, en definitiva, de paz y por ello tienen sin duda muchísimo más valor que cualquier otra.

Les agradezco también a todos los que me acompañan esta noche, especialmente a mis padres y hermanos, a la familia más íntima. Me hicieron falta mis hijos que andan en diferentes lugares de la geografía pero que me acompañan con sus corazones. A mis amigos historiadores y escritores, a mis compañeros de la Cancillería que se afanan cada día en trabajar por ampliar los lazos con la región latinoamericana y caribeña (que abarca más del 50% del trabajo de toda la Cancillería ecuatoriana) y a ustedes queridas y queridos embajadoras y embajadores latinoamericanos y caribeños con quienes también trabajo cada día, por ese mismo noble fin de hacer la Patria Grande con que soñaron nuestros libertadores y luchan ahora mismo nuestros gobernantes, en un momento excepcional y único del que somos privilegiados testigos y actores. ☑

Galo Galarza Dávila. Escritor y diplomático ecuatoriano. Ha representado a su país en Nicaragua, Cuba, Estados Unidos, Canadá, Francia y Australia. Fue Embajador del Ecuador en México de 2006 a 2012. Posteriormente, fue Subsecretario de América Latina y El Caribe del Ministerio de Relaciones Exteriores y Movilidad Humana del Ecuador. Es autor de varios libros de narrativa, como *En la misma caja* y *La dama es una trampa*, y coautor del libro *Ecuador en el mundo, 1830-2006*. Su obra consta en varias antologías de relato ecuatoriano e iberoamericano. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.